



EL REINO DE LA NOCHE

W. H. HODGSON

Han pasado cien mil años. Extraños sucesos han ocurrido sobre nuestra Tierra. Profundas diferencias han marcado a sus pueblos, el salvajismo lo domina todo. Raros seres han venido del exterior. Monstruos. Seres que no tienen ninguna relación con el hombre, con nuestros lejanos descendientes. Y fue el Pandemonium, seguido de la Era del Dolor y la de los Combates.

Al final del tiempo, en el crepúsculo de la larga historia de las civilizaciones humanas, la Pirámide se alza como el último baluarte de los últimos humanos. Y ella es el faro y el bastión, el mausoleo y la ciudadela. Gigantesca, sumida en las tinieblas del Reino de la Noche. En sus mil pisos, divididos en ciudades, unos pocos millones de supervivientes esperan y acechan a las innumerables entidades que se han apoderado del mundo para sembrar en él el horror y la nada. Y aquellas entidades están allí, a su alrededor. En la Bruma Negra, en El Lugar En Que Matan Los Seres Silenciosos, en el Valle de los Perros. ¿Quién puede abandonar la Pirámide y franquear el Círculo Eléctrico que la protege para aventurarse por el Reino de la Noche? ¿Quién sino un hombre loco de pasión?

Esta es la crónica de las edades del terror y la anti-vida, la historia de una odisea y de un desesperado amor.

William Hope Hodgson, con su REINO DE LA NOCHE, nos da por completo la negra medida de sus talentos como narrador visionario que ya nos valieron LA CASA AL BORDE DEL MUNDO y que tanto impresionaron a Howard Phillips Lovecraft.

SOBRE WILLIAM HOPE HODGSON

Escritor inglés (1875/1918) poco conocido todavía, pero muy importante. Su obra está siendo al fin publicada en francés. Junto a los relatos fantásticos que publicó, escribió tres novelas de ciencia ficción, GLEN CARRIG (1907), una de las primeras obras que trató el tema de los Sargazos, lugar donde se estanca el misterio; THE HOUSE IN THE BORDERLAND (1908), excelente relato de un hombre que asiste, desde una casa aislada en un lugar perdido de Irlanda, asediado por monstruos humanoides salidos de la Tierra, a la agonía de nuestro sistema solar, su espíritu vagabundeando por el espacio como en la literatura espiritista o, como más tarde, el héroe de Cabarel (DANS L'ETRANGE INCONNU), o el viajero de Olaf Stapledon en THE STAR MAKER. El pasaje donde, al acelerar Tierra su movimiento de rotación, el cielo se vuelve una cúpula gris, después cobriza, a medida que el sol envejece, después el movimiento se invierte hasta la inmovilidad y la noche eterna se instala en el mundo, es de una gran potencia evocadora. Igual que el episodio donde, transformado en espíritu en el espacio, encuentra los globos de cristal errantes en el vacío, portadores cada uno de ellos de seres de rostros desesperados.

Pero la más importante novela de Hodgson es este THE NIGHT LAND (1912), subtitulada A LOVE TALE, 583 páginas (nuestra edición 400) de un increíble inglés arcaico que dará graves problemas al traductor. Es la historia simple hasta el clasicismo de un joven de 17 años, encerrado con los escasos hombres "cuerdos" de este mundo futuro in-

movilizado bajo la noche definitiva en una enorme pirámide metálica (1320 pisos o ciudades, más de ocho millas de altura), asediada por los "mutantes" —sin que nunca les nombre así—, cada cual más horrible y peligroso que los otros. Un día, la Gran Palabra le llega telepáticamente desde otra pirámide olvidada, lejana. Es una joven quien la ha lanzado y que pide ayuda. El relato cuenta el viaje, a través de un país hostil, del joven hacia la segunda pirámide, a la que llegará tras haber evitado la Casa del Silencio, los Hombres-Bestias Grises, el Vigilante del Norte, el Lugar Donde Los Silenciosos Matan, el Sonido de las Puertas de la Noche, la Llanura de Fuego Azul, los Perros de la Noche, la Carretera por Donde Marchan los Silenciosos... No conocemos otra obra donde los Fantasmas de la Noche Eterna sean, tan poderosamente palpables como en este largo y difícil relato.

PIERRE VERSINS

1972

Traducido de LA ENCICLOPEDIA DE LA UTOPÍA,
LOS VIAJES EXTRAORDINARIOS Y LA
CIENCIA FICCIÓN.
Laussana, 1972.

Los Sueños que son sólo Sueños

Eso es el Amor, que tu espíritu viva en santidad natural con el Amado, y vuestros cuerpos sean un goce suave y natural que nunca perderá su misterio amoroso... Y que no exista la vergüenza y que todas las cosas sean lozanas y limpias, por efecto de una inmensa comprensión; y que el Hombre sea un Héroe y un Niño ante la Mujer; y que la Mujer sea una Luz Santa del Espíritu y una Compañera Completa, y al mismo tiempo alegre Posesión para el Hombre... Y esto es el Amor Humano...

... porque esa es la particular gloria del Amor, que es Suavidad y Grandeza con todo, y es fuego que quema toda Pequeñez; de modo que en este mundo todo es haber hallado a la persona Amada, y entonces muerta la Bajeza, la Alegría y la Caridad danzan por siempre.

I

MIRDATH LA BELLA

“No puedo tocar su rostro,
ni puedo tocar su pelo,
postrado ante sombras vanas
trazas tenues de su gracia;
y su voz canta en el viento
y en los sollozos del alba
y entre las flores nocturnas
y riachuelos mañaneros
y en el mar al caer el sol,
mas en vacío cae mi grito.
.....”

Fue la Alegría del Ocaso la que nos hizo hablar. Me había alejado mucho de casa, caminando como solitario y parando con frecuencia. Vi entonces levantarse las Almenas de la Tarde, y sentí la querida y extraña confluencia de la Obscuridad de todo el mundo en torno de mí.

La última vez que me detuve estaba completamente perdido en la alegría solemne de la Gloria de la Noche que Viene; y tal vez una sonrisa asomó a mi garganta, quedándose allí sola en mitad de la Obscuridad que cubría el mundo. ¡Oh!, mi contento fue contestado desde los árboles que flanqueaban el camino a mi derecha; como si alguien hubiese dicho “¡Y tú también!” en un gozoso entendimiento que me hizo sonreír de nuevo para mí, levemente. Como si sólo a medias creyese que algún autentico humano había respondido a mi risa; más bien sería algún Engaño o Espíritu que se amoldaba a mi talante.

Pero habló. Me llamó por mi nombre. Y cuando me acerqué a la vera del camino, para verla de algún modo y averiguar si la conocía, descubrí efectivamente a aquella mujer que por su belleza era conocida en todo el Condado de Kent como Lady Mirdath la Bella; vecina cercana, ya que la hacienda de su Tutor lindaba con la mía.

Y sin embargo nunca la había encontrado antes; por mis frecuentes y largas ausencias; y porque cuando estaba en casa me entregaba al Estudio y al Ejercicio. No tenía de ella más conocimiento que el que me había dado antiguamente el Rumor, y por lo demás estaba yo satisfecho, retenido entre los libros y el Ejercicio. Yo seguía siendo un atleta, nunca hubo hombre tan ágil y fuerte, salvo en algún cuento o en la boca de algún fanfarrón.

Me detuve al instante con el sombrero en la mano; y respondí a su claro saludo tan bien como supe, en tanto atento y admirado iba distinguiendo sus rasgos en la penumbra; el Rumor no había llegado a igualar la belleza de aquella extraña doncella; que ahora bromeaba con un aire tan delicado y me hacía caer en la cuenta de que éramos primos.

Toda su actitud era llana; me llamó simplemente por el mote, se rio y me dio permiso para llamarla Mirdath, ni más ni menos por el momento. Me invitó a cruzar el seto por una brecha disimulada que era un secreto suyo, pues según confesó la utilizaba para salir con su doncella a alguna fiesta, vestidas ambas de aldeanas; aunque me atreví a imaginar que no engañarían a muchos.

Pasé por la brecha y estuve junto a ella. Me había parecido alta cuando la contemplé desde el camino, y lo era, pero yo le pasaba toda la cabeza. Me invitó a pasear con ella hasta su casa para saludar al Tutor y pedirle disculpas por haberles olvidado durante tanto tiempo; ¿sabéis?, sus ojos brillaban con enfado y gozo cuando me recriminaba tal falta.

Mas de repente perdió la jovialidad, y me hizo seña con el dedo para que callase, mientras escuchaba algo en el bosque, a nuestra derecha. Yo también oí ruido; sin duda, crujía la hojarasca y pronto se distinguió netamente un ruido de ramas muertas al romperse, interrumpiendo el silencio.

Inmediatamente salieron corriendo del bosque hacia mí tres hombres; les apercibí secamente que parasen o cobrarían; puse la chica a mi espalda con la mano izquierda mientras así fuerte el bastón de caoba para poder usarlo en cualquier momento.

Los tres individuos no respondieron, como no fuese corriendo más rápido hacia mí; vi destellos de navajas; entonces me lancé con presteza al ataque; tras de mí resonó agudo y suave un silbato de plata; la chica llamaba a sus perros, y tal vez el aviso iba dirigido también a los criados de la casa.

Pero de poco iba a servir una ayuda futura; había que hacer frente al peligro allí mismo y en seguida; y en modo alguno me sabía mal hacer una demostración de fuerza ante mi dulce prima. Como he dicho, salté hacia delante, y hundí el extremo del bastón en el cuerpo del adversario de la izquierda antes de que él o los demás pudiesen reaccionar; cayó cual hombre muerto. Golpeé muy aprisa la cabeza del otro, y sin duda se la quebré; porque se desplomó; pero al tercero le di con el puño y no necesitó un segundo golpe, fue a reunirse inmediatamente con sus compañeros en el duro suelo. La pelea había terminado sin apenas comenzar, y riendo un poco con justo orgullo observé con disimulo el asombro que traslucía la postura y la mirada de mi dulce prima en la obscuridad del tranquilo atardecer.

Pero no tuvimos respiro, se abalanzaban saltando tres grandes mastines a los que habían dado suelta cuando sonó el silbato; ella tuvo alguna dificultad para mantener a los perros alejados de mí; y también me costó a mí ponerles a vigilar a los tres hombres tumbados en el suelo para que no

les dejaran menearse. Y enseguida oímos gente que gritaba, vimos el resplandor de unas linternas, llegaron los criados con porras; no sabían de entrada si emprenderla conmigo o no, lo mismo que les había ocurrido a los perros; pero cuando vieron a los que descansaban en el suelo, supieron mi nombre y me observaron, se mantuvieron a distancia respetuosos; en realidad, quien más me respetaba era mi querida prima, aunque ella no manifestaba intención de mantener ninguna distancia; sino de sentir más fuertemente aún la sintonía que desde el principio se había establecido entre nosotros.

Los criados preguntaron qué debían hacer con los bandidos; se estaban recuperando. Por mi parte, sin embargo, preferí dejar el asunto, lo mismo que algunas monedas de plata, en manos de los criados. Aplicaron justicia muy cabal a los sujetos, pues largo rato después de haberles dejado todavía oíamos sus gritos.

Al llegar a lo alto, a la Sala, mi prima me presentó a su Tutor, Sir Alfred Jarles, un anciano y venerable personaje al que conocía poco más que de vista debido a la vecindad. Ella me alabó sobremanera, en mi presencia, pero con exquisito tiento. El anciano Tutor me dio las gracias con distinguida cortesía, de modo que en adelante fui un amigo de la casa.

Permanecí allí toda la velada, cenando y saliendo luego por los alrededores de la casa con Lady Mirdath, que me trataba más amigablemente que nunca antes otra mujer; parecía que me hubiese conocido siempre. Y hay que decir que yo sentía lo mismo por ella, porque en alguna manera era como si cada uno conociese la manera de ser del otro, y disfrutábamos comprobando que teníamos tal o cual cosa en común; pero no había sorpresa, salvo la de que una verdad tan agradable hubiese sido descubierta en forma tan natural.

Había una cosa que (yo me daba cuenta) tenía prendida a Lady Mirdath toda aquella noche; y era lo fácil que me lo

había hecho con los tres bandidos. Me preguntó francamente si había algo de falso en mi famosa fuerza; y cuando me reí con fresco y natural orgullo, me asió de improviso el brazo para comprobar por sí misma hasta que punto era fuerte. Y por supuesto lo soltó con mayor rapidez aún y con una pizca de asombro, al ver lo grande y recio que era. Luego paseó junto a mí muy silenciosa, como pensativa; pero en ningún momento se alejaba.

Y lo cierto es que si Lady Mirdath había hallado un extraño placer al descubrir mi fuerza, yo era presa de una admiración y maravilla constantes al comprobar su belleza, que resaltaba sobre todo durante la cena, a la luz de los candelabros.

Pero hubo otras delicias para mí en los días que siguieron; porque fui feliz al ver como se complacía ella en el Misterio de la Tarde, y en el Encanto de la Noche, y el Gozo del Alba, y así sucesivamente.

Y una tarde que siempre recordaré, conforme paseábamos por el parque, empezó a decir medio sin pensar, que realmente era la noche de los gnomos. Se refrenó inmediatamente, pensando que yo no entendía aquello. Pero en realidad estaba pisando el mismo terreno que a mí me producía enorme gozo interior, y le repliqué con voz tranquila y normal que las Torres del Sueño se elevarían muy alto aquella noche, y sentía en mis huesos que era una noche para descubrir la Tumba del Gigante, o el Árbol con la Gran Cabeza Pintada, o... y el caso es que me detuve de repente; porque ella me asió en aquel momento y su mano temblaba; pero cuando le pregunté qué ocurría me apremió jadeante a que siguiera hablando, que siguiera hablando. Y medio consciente le dije que estaba refiriéndome al jardín de la Luna, que era una antigua y divertida fantasía mía.

El caso es que sólo decir yo esto, Lady Mirdath soltó una exclamación en voz baja, con extraño tono, y me hizo detener para mirarme. Me interrogó apremiadamente, y le respondí con la misma presteza; porque me encontraba

presa de gran excitación, y percibía que ella también lo sabía. Me dijo que tenía conocimiento; pero había creído ser la única en el mundo que poseía tal conocimiento de la extraña tierra de sus sueños; para encontrarse luego con que yo también había viajado a aquellos territorios queridos y extraños. La verdad, ¡qué maravilla!, ¡pero qué maravilla!, como repetiría una y otra vez durante largo rato. Y conforme andábamos me dijo de nuevo que no había que extrañarse de que por la tarde se hubiese sentido impelida a llamarme, cuando me vio parado en el camino; aunque en realidad ella había sabido mucho antes que éramos primos, me había visto pasar a caballo con frecuencia y había indagado sobre mí; y tal vez me recriminaba amargamente que no hiciese ningún caso de Lady Mirdath la Bella. Lo cierto es que yo había estado ocupado en otros asuntos aunque hubiese sido muy humano tratar de conocerla antes.

No penséis que no estaba admirado yo de esa maravilla, que los dos tuviésemos un conocimiento fantástico de las mismas materias, habiendo cada uno creído ser el único poseedor del secreto. Sin embargo, cuando le hice nuevas preguntas, resultó que muchas cosas de mis sueños eran ajenas para ella, y de modo parecido mucho de lo para ella familiar no me evocaba a mí recuerdos anteriores. Pero aunque esto era así, y nos apenó un tanto, ocurría que de cuando en cuando uno de los dos contaba algo nuevo que el otro también sabía, y terminaba de contarlo, y disfrutando ambos lo indecible.

Podéis imaginarnos paseando y charlando sin parar, de modo que hora tras hora arraigaba el cálido conocimiento y la suave amistad.

No tengo idea del tiempo que pasó; pero de repente se oyó una algarabía, mezclándose gritos con ladridos, y centelleando las linternas, dejándonos sin saber qué pensar, hasta que de repente, con una risa suave y extraña Lady Mirdath cayó en la cuenta de que habíamos perdido la cuenta del tiempo; y el Tutor, inquieto después de la pre-

sencia de los bandidos, había dado orden de buscarnos. Todo este tiempo habíamos estado errando juntos sumidos en el más feliz olvido de todo.

Entonces volvimos hacia la casa, dirigiéndonos hacia donde se veían las luces; pero los perros nos descubrieron antes de llegar; ahora ya me conocían y se pusieron a lamerme con cariño; en un minuto nos habían descubierto los hombres de la casa, estábamos de vuelta para decirle a Sir Jarles que no había problema alguno.

Así ocurrió nuestro encuentro y así trabamos conocimiento, así empezó mi gran amor por Mirdath la Bella.

Desde aquel día, cada tarde me iba paseando por el tranquilo y campestre camino que conducía desde mi finca a la de Sir Jarles. Y siempre me metía por la brecha del seto; frecuentemente encontraba a Lady Mirdath caminando por aquella parte del bosque; pero siempre con sus enormes mastines a la vera; porque yo le había pedido que lo hiciese por su preciosa seguridad; y ella parecía deseosa de complacerme; aunque al mismo tiempo se mostraba en otras tantas ocasiones maliciosa conmigo; se esforzaba por atormentarme, como si quisiese averiguar hasta dónde aguantaba yo y hasta qué punto podía angustiarme.

Mira, recuerdo que una noche al llegar al punto aquel del seto vi que dos aldeanas salían por allí desde los bosques de Sir Jarles al camino; me saludaron y yo habría seguido hacia arriba como siempre; sólo que cuando pasaron a mi lado hicieron una reverencia tan graciosa que no era normal en unas rudas cachupinas. De repente me invadió un pensamiento, y me volví a contemplarlas más cabalmente; pensaba que la más alta era Lady Mirdath. Pero no llegaba a estar seguro; cuando pregunté quién era se limitó a sonreír ladinamente y a hacer una nueva reverencia; me tenía perplejo, como se puede suponer; pero mi admiración era suficiente como para, conociendo a Lady Mirdath, seguir a las mujeruelas como hice.

Ellas apretaron el paso con talante serio, como quien temiese en mí un terrible violador que vagaba solitario por las sombras; y así llegamos al pueblo, donde había un enorme baile, gran luz de antorchas y un violinista; y cerveza en cantidad.

Las dos se metieron a bailar y bailaron con brío; pero sin más pareja de una que la otra, y evitando cuidadosamente los lugares mejor iluminados. En este momento estaba convencido de que se trataba de Lady Mirdath y su doncella; de modo que aproveché que habían venido bailando algo más cerca para salirles al paso y pedir galantemente un baile. Malo; la más alta respondió con malicia que estaba prometida; e inmediatamente le dio la mano a un granjero grandote que se movía con pesadez; parecía un payaso; y se fueron los dos dando vueltas por la hierba; aunque tuvo su castigo, porque con dificultad conseguía escapar a los pisotones del muy zafio; respiró cuando se acabó el baile.

Ahora sabía seguro que era Mirdath la Bella, a pesar de su plan de disimulo, la obscuridad, el vestido de zorra aldeana y el calzado que estropeaba su paso ligero. Crucé hasta donde estaba y la llamé susurrando su nombre; le supliqué que diese por terminada la travesura, que la acompañaría a casa. Pero me volvió la espalda, dio un taconazo y se fue de nuevo con el mozo; cuando hubo sufrido otro baile con él le propuso que la escoltase un trecho de camino; por supuesto, él no tenía nada que objetar.

Y otro muchacho amigo suyo fue también con ellas; al momento, tan pronto como quedaron fuera de la luz de las antorchas, aquel par de boronos metieron mano a los pechos de las dos aldeanas, sin atender siquiera a quién iba con quién. Y Lady Mirdath ya no pudo aguantar más, el temor y el susto repentinos la hicieron gritar, al tiempo que le arreaba al que la cogió tal golpe que la soltó un momento jurando como un energúmeno. El tío se volvió volando sobre ella, y la asió un momento para besarla; ella le rechazaba encarnizadamente, golpeándole sin concierto el rostro

con las manos, pero inútilmente, de no estar yo al lado. En ese momento gritó mi nombre; y yo pillé al sujeto y le di un golpe, pero sin hacerle demasiado daño, sólo lo suficiente para que se acordase de mí mucho tiempo; luego le eché a la cuneta. El segundo elemento, una vez hubo oído mi nombre se escabulló de las manos de la exhausta doncella para poner en salvo su vida; la verdad es que mi fuerza era muy conocida en toda esa parte.

Tomé a Mirdath la Bella por los hombros, y la sacudí fuerte, angustiado. Luego, mandé a la doncella que se adelantase, y ella lo hizo al no recibir orden contraria de su señora; de ese modo llegamos hasta el seto, con Lady Mirdath muy silenciosa; aunque andaba cerca de mí, como si encontrase no confesado el placer de mi proximidad. La ayudé a pasar el seto, y luego a subir hacia la casa; le di allí las buenas noches junto a la puerta lateral, de la que tenía llave. Ella me dijo buenas noches con voz completamente calma; casi como quien no tiene ninguna prisa en despedirse del otro esa noche.

Sin embargo, cuando la fui a ver a la mañana, estuvo constantemente zahiríendome; hasta el punto de que estando a solas por la noche, le pregunté por qué no se apeaba nunca de aquella actitud aviesa; porque yo sufría por conseguir que tratase amigablemente; y ella no hacía sino maltratar este deseo mío de amistad. Al oír esto de repente se puso como un brazo de mar; llena de dulzura y profunda comprensión; sin duda se apercibía de que yo necesitaba que me tranquilizase; porque sacó el arpa y se puso a tocarme viejas y queridas melodías de los tiempos de nuestra niñez; toda la velada; y pudo mi amor estar sosegado y atento a sus deseos. Me acompañó aquella noche hasta el seto, con los tres mastines de compañía para volver a casa luego. Aunque en realidad yo no me alejé sino que la seguí en silencio hasta verla sana y salva en la casa; no quise dejar que fuese sola por la noche; ella no se dio cuenta;

me suponía volviendo ya por el camino. Mientras andaba ella con sus perros, alguno de estos se rezagaba conmigo, frotando el hocico contra mi amistosamente; pero yo me lo sacaba de encima silenciosamente; y ella no tenía ni sospecha de mi presencia; porque estuvo todo el camino de vuelta cantando suavemente una canción de amor. Aunque yo no sabía decir si me amaba; me tenía cariño, eso seguro.

Ocurrió que a la mañana siguiente yo fui algo más pronto de lo normal a la brecha del seto, y ¡toma!, ¿quién podría estar allí hablando con Lady Mirdath? Pues había un hombre muy bien trajeado, con pinta de magistrado; cuando me acerqué no hizo ademán de apartarse para dejarme pasar; permaneció quieto y me dirigió una mirada insolente; de modo que lo saqué yo mismo de en medio.

¡Qué había hecho! Lady Mirdath me puso como chupa de dómine, dejándome dolorido y pasmado; en aquel momento decidí que ella no sentía auténtico amor por mí, pues de lo contrario nunca habría arremetido así, dejándome mal delante de un forastero, llamándome maleducado y acusándome de abusar de mi estatura. Podéis imaginar en qué estado se hallaba mi corazón en aquel momento.

Me di cuenta de que había parte de razón en las palabras de Lady Mirdath; pero con todo el hombrecillo podría haber mostrado mejor disposición; y además Mirdath la Bella no tenía derecho a avergonzarme a mí, su auténtico amigo y primo, delante de un forastero. Pero no me detuve a discutir; saludé con una leve inclinación de cabeza a Lady Mirdath; luego saludé con la cabeza al hombre pidiéndole perdón; porque lo cierto es que era pequeño y débil, y habría sido mejor portarme cortés con él, por lo menos de entrada.

Así, habiendo hecho justicia a mi propia honra, di media vuelta y me fui dejándoles que siguiesen disfrutando.

Anduve como cosa de treinta kilómetros antes de volverme a casa; porque no había descanso para mí aquella noche en ninguna parte; o tal vez nunca, porque había que-